

En *Dichos y hechos. Discursos de asunción de presidentes argentinos, 1983-2011*. (Argentina): Punto de Encuentro.

# Orden, representación y autoridad en el discurso de Eduardo Duhalde?.

Martín Retamozo.

Cita:

Martín Retamozo (2012). *Orden, representación y autoridad en el discurso de Eduardo Duhalde?.* En *Dichos y hechos. Discursos de asunción de presidentes argentinos, 1983-2011*. (Argentina): Punto de Encuentro.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/67>

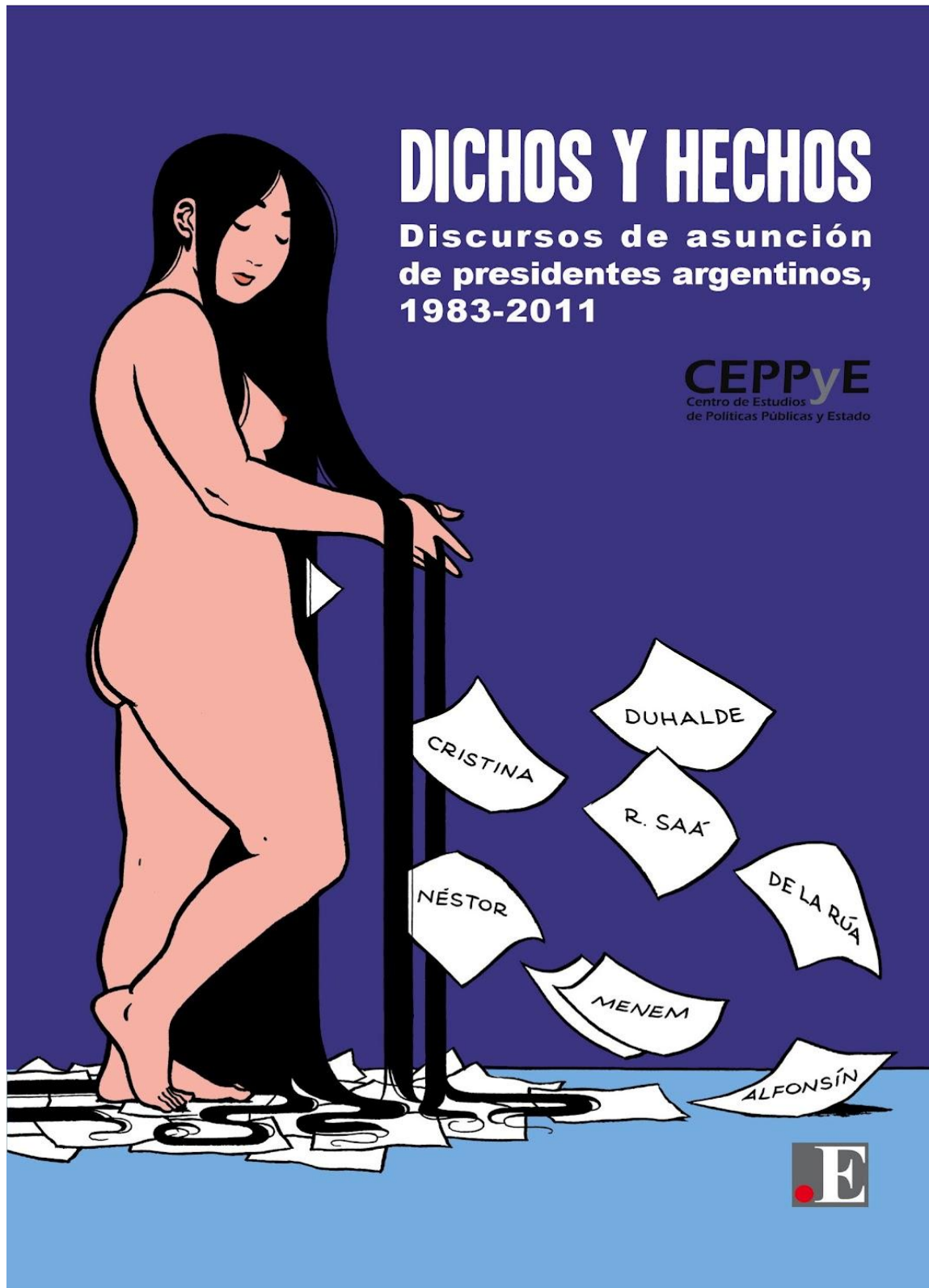
ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/as4>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica* es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Martín Retamozo (2012) Orden, representación, autoridad: El discurso de Eduardo Duhalde en Socolovsky, M. "Dichos y hechos. Discursos de asunción de presidentes argentinos, 1983-2011, Punto de Encuentro-CEPPyE. Buenos Aires. ISBN 978-987-27620-2-5.



Las imágenes son vertiginosas, el recinto colmado, un hombre de baja estatura sube apresurado al estrado y lee un discurso, breve, corolario parcial de álgidas negociaciones que lo llevaron a la presidencia. Es el 1 de enero de 2002 y Eduardo Duhalde pone fin a una sucesión de cinco presidentes para asumir la primera magistratura de forma interina luego de ser designado por la Asamblea Legislativa<sup>1</sup>.

Como todos los discursos políticos, es imposible comprender la intervención de Duhalde sin tener presente el momento histórico en el que se inserta y en el cual busca incidir. A su vez el discurso es una ventana hacia esos tiempos convulsionados, lleva sus huellas, encarna sus espectros e incluso tensiona el futuro. Esto nos lleva a situarnos en el 19 y 20 de diciembre de 2001 como una referencia ineludible en la política argentina contemporánea. Al igual que otras fechas de la historia nacional, como el 17 de octubre de 1945, el 25 de mayo de 1973 o el 10 de diciembre de 1983, diciembre de 2001 condensa un proceso histórico a la vez que instala nuevas condiciones para el acontecer político.

La evocación a diciembre de 2001 nos pone en situación y nos obliga al análisis de dos dimensiones del contexto del discurso de Duhalde. Por un lado, en un nivel estructural, las consecuencias sociales producidas por el neoliberalismo y su momento de crisis como patrón de orden social, como modo de producción de la vida social. El neoliberalismo -como proyecto ideológico, político, social, cultural y económico- mostraba sus consecuencias: la expansión de la desocupación, la pobreza y la desigualdad,; el pensamiento único que pregonaba el agotamiento de los proyectos emancipatorios y el imperio del libre mercado. Pero fue por esos días donde evidenció una crisis con la ruptura de las relaciones sociales estructuradas en torno a la “convertibilidad”, popularizada como “agotamiento del modelo” cuyo acontecimiento visible fue la confiscación de los ahorros bajo el célebre “corralito”. En esta misma dimensión es necesario tener en cuenta las acciones de protesta que con diferentes alcances y protagonistas tuvieron lugar en la década del noventa, en especial desde 1996 y fundamentalmente con la llegada de la Alianza UCR-Frepaso al gobierno nacional. El movimiento obrero, los movimientos sociales

---

<sup>1</sup> La Asamblea Legislativa lo eligió por 262 votos a favor, 21 en contra y 18 abstenciones

y nuevos modos de organización de ciudadanos se hicieron presentes mediante manifestaciones en el espacio público contra ciertas políticas gubernamentales. Tanto las consecuencias perversas del neoliberalismo, como la crisis del modelo y auge de la conflictividad social y política, constituyen parte de las condiciones sobre las cuales el discurso de Duhalde intenta operar y proveer un orden.

Por otro lado tenemos que considerar los aspectos coyunturales que marcaron el discurso y nos hablan de los hechos políticos de aquellos días. Las intrigas palaciegas, la renuncia de Adolfo Rodríguez Saá unos días después de su asunción y el acuerdo que Duhalde había alcanzado con sectores políticos, institucionales y corporativos. Podemos reconocer, por ejemplo, la marca del discurso de Rodríguez Saá en el de Duhalde en la referencia a privilegiar el Himno por sobre cánticos y marchas partidarias (en clara alusión a la entonación de la marcha peronista el día de la asunción del puntano)<sup>2</sup>. La presencia de los acuerdos que facilitaron los votos para la elección de la Asamblea Legislativa puede notarse en la publicidad de una promesa que Duhalde había realizado en privado a dirigentes de distintos sectores: cumplir un gobierno de transición y no buscar una reelección presidencial en el 2003<sup>3</sup>. Estos hechos no son menores en tanto condicionan la dinámica política del interinato de Duhalde.

Una crisis de hegemonía como la manifestada en diciembre de 2001, abrió un campo de disputa entre proyectos que buscaron producir re-ordenamientos a partir de la intervención política. El duhaldismo como dirección de una alianza procuró encarnar un proyecto de resolución de la crisis que le hiciera frente a la otra gran opción: la dolarización<sup>4</sup>. Para alcanzar este objetivo hegemónico era imprescindible dominar al menos tres campos claves que permitieran garantizar la gobernabilidad y de ese modo gestionar la crisis en favor de ciertos intereses: a) reparar el quiebre de la representación -tanto de la autoridad presidencial como de “la política”-, b) moderar el conflicto social -

---

<sup>2</sup> El palacio y la Calle de Miguel Bonasso (Planeta, 2002, Buenos Aires) relata los acontecimientos de diciembre de 2001 y las disputas por la sucesión presidencial.

<sup>3</sup> Los diarios de esos días (La Nación, Clarín y Página/12) coinciden en la insistencia de Duhalde al respecto en las rondas de reuniones que mantuvo con referentes del PJ, la UCR y el Frepaso.

<sup>4</sup> La presencia de estas dos opciones muestran también la incapacidad de hacerse potencia de otros proyectos alternativos capaces de recuperar en otro registro las luchas sociales de los años noventa

impulsando su reverso: la paz social- y c) controlar las disputas en torno a la salida del modelo y su nuevo esquema de ganadores.

Los tres objetivos políticos marcan el ritmo un discurso notablemente breve y de tono moderado, que evita hacer hincapié en la identificación de enemigos-responsables de la situación, con un destinatario indirecto (el pueblo) y un privilegio de los propios legisladores (políticos) como destinatarios directos. El silencio sobre el proceso que llevó a la crisis de diciembre propugna una deshistorización de los acontecimientos y por lo tanto cierta naturalización de la situación bajo la idea de “agotamiento del modelo”. La estrategia del piloto de tormentas es clara: fugar hacia adelante. El olvido es –ya lo relató Borges<sup>5</sup>- una condición del perdón, y los sectores políticos y económicos que dominaron durante la larga década del noventa (1989-2001) requerían de éste para insertarse en el esquema de poder postconvertibilidad.

El intento de restitución de la representación, la autoridad y la gobernabilidad atraviesa todo el discurso y el gobierno de Duhalde. En el mismo acto debe legitimarse como presidente, restituir la autoridad presidencial y restablecer el lazo de representación popular. Allí es notable el ida y vuelta entre una primera persona del singular y la aparición de la primera del plural, un “nosotros” que se refiere invariablemente a los sectores dirigentes, especialmente políticos. Esto expresa la búsqueda de las dos recomposiciones: la autoridad presidencial y la legitimidad representativa. La autoridad presidencial fue puesta en cuestión ante la incapacidad del radical Fernando de la Rúa. ; mientras que el “Que se vayan todos” vociferado en las manifestaciones de diciembre evidenció la crisis de representación de otros sectores dirigentes que eran acusados de inoperancia en la gestión y corrupción en el ejercicio de la representación<sup>6</sup>.

Duhalde re interpreta los ecos del “que se vayan todos” como una demanda ciudadana hacia “los políticos” y propone procesar el desacuerdo a partir del llamado a la unidad de los sectores dirigentes por sobre los intereses partidarios, tal como había solicitado la Iglesia. La unidad de la dirigencia

---

<sup>5</sup> Jorge Luis Borges: “Leyenda” en Elogio de la Sombra, Obras completas, Emecé.

<sup>6</sup> Enrique Dussel (2006) ha elaborado sugerentes reflexiones sobre la corrupción del vínculo representativo cuando la política se ejerce contra los intereses populares. (20 tesis de política, Siglo XXI, México)

política funciona aquí como espejo que intenta restituir la plenitud perdida de la comunidad. La crisis de representación, en tal sentido, busca cerrarse con el acuerdo de las cúpulas (políticas, eclesiales, sindicales, empresariales) convocadas por el Partido Justicialista como garante de la estabilidad institucional y la gobernabilidad. La única metáfora utilizada a lo largo de su alocución es la de hacer de la gestión de gobierno un “espejo”: la posibilidad de una representación perfecta, “fiel”, de los intereses de la ciudadanía.

La nueva promesa de plenitud buscó desactivar el conflicto antes que reconocerlo como parte constitutiva de la democracia. El conflicto social es nominado por Duhalde como “caos y anarquía”; y la propuesta de “orden y paz social” encuentra legitimidad en la supuesta intolerancia ciudadana al desorden e inspiración en la doctrina social de la Iglesia y -en menor medida- en los imaginarios del peronismo. Pero el ordenamiento tuvo que lidiar con el fantasma de la movilización popular y sus legitimidades, de allí que Duhalde haya tenido que eludir explícitamente la opción represiva y recurrido también a una restitución del orden vía la atención a la cuestión social (en contra de la idea de “sacar los tanques a la calle”)<sup>7</sup>.

El discurso de Duhalde operó en un momento histórico. La fractura del consenso neoliberal (lo que no implica la desaparición de los sentidos neoliberales ni de sus militantes ya sean organismos internacionales, sectores empresariales, periodistas y políticos<sup>8</sup>) y las múltiples experiencias que se erigieron como resistencias instalaron un conjunto de potencialidades, fuerzas, imaginarios y proyectos. Nuevas condiciones para el accionar histórico y la apertura a una recomposición del ordenamiento. El campo abierto de las potencialidades comenzó a tomar una orientación con la intervención de Duhalde y su bloque de intereses en torno a un sector del empresariado argentino que venía acompañando el Movimiento Productivo Nacional. El perfil exportador del nuevo modelo propuso una articulación entre “el sector

---

<sup>7</sup> Esta opción de enfrentar la protesta social sin la represión abierta enunciada en el discurso de asunción contrasta con la intervención en los sucesos del Puente Pueyrredón el 26 de junio de 2002 donde hombres de la policía bonaerense asesinaron a dos jóvenes militantes: Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Estas muertes -y las movilizaciones en tono a ellas- jaquearon al gobierno de Duhalde que adelantó el llamado a elecciones para febrero de 2003.

<sup>8</sup> Para constatar la persistencia de los sentidos y actores del neoliberalismo basta con recordar los porcentajes de votos obtenidos por Carlos Menem y Ricardo López Murphy en las elecciones de 2003.

público y el sector privado”, donde los dirigentes políticos tendrían un papel determinado “convertirse en un representante de nuestros intereses y en un lobista de las empresas nacionales”. El cambio de los sectores empresariales que se volverían dirigentes en el nuevo horizonte fue evidente y se materializó con posterioridad en un esquema de poder que inicialmente produjo una notable transferencia de los sectores más pobres hacia los más ricos a través de la devaluación<sup>9</sup>.

Si le concedemos la vanagloria a Duhalde, que se definió ante un periódico extranjero que él era como un “maestro del ajedrez”, podemos decir que su discurso a la Asamblea Legislativa fue un juego de partidas múltiples<sup>10</sup>. El movimiento de respuesta a la crisis de representación y la restitución de la autoridad se tradujo en la invocación a la Iglesia—la mención a CARITAS no es inocente— como fuente de legitimidad moral del gobierno y en el llamado a asumir responsabilidades a la dirigencia política. En el tablero de la gobernabilidad —en su aspecto institucional— la movida se materializó en la publicidad de una promesa privada de no participar en las elecciones de 2003 y trabajar junto a los gobernadores provinciales. Mientras que otro aspecto de la gobernabilidad se jugó en la apuesta al Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados como intervención estatal para transferir recursos, desactivar movilizaciones y fortalecer el lugar de los municipios en la gestión de las políticas sociales. El tablero central tenía un modelo —el de la Convertibilidad— en jaque mate. , Jugar allí no podía suponer sino ordenar las piezas en otra disposición, y el discurso de Duhalde puede leerse como un síntoma del juego por venir. Como en todo juego los adversarios también juegan y la disposición de las piezas es producto de las estrategias —y las fuerzas— de los actores, es decir, la política. Pero en el medio de ese juego puede venir alguien a mover el caballo en diagonal, patear el tablero e invocar el momento de lo político,: entonces el futuro se torna presente.

---

<sup>9</sup> (Basualdo y Lozano, 2002)

<sup>10</sup> Nos referimos a la situación en la que un jugador se enfrenta a varios adversarios cada uno con su propio tablero.

